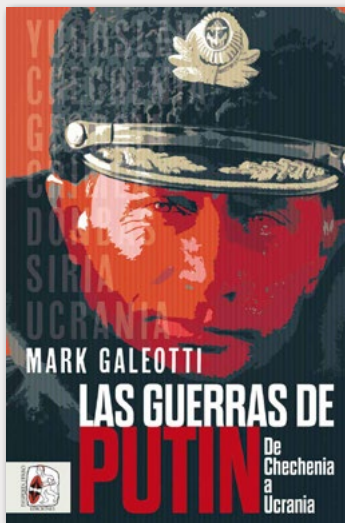


## Putin: del renacer militar de Rusia al fracaso en Ucrania

Yugoslavia, Chechenia, Georgia, Siria, Ucrania... Desde su llegada al poder, Putin ha embarcado a Rusia en una sucesión de guerras que, en clave exterior, ha devuelto el estatus de potencia a un país humillado tras los convulsos años de la caída de la URSS y del mandato de Yeltsin, y, en clave interna, ha moldeado la percepción de los rusos de su lugar en el mundo. A lo largo de este recorrido de dos décadas, Mark Galeotti, reconocido especialista en la Rusia actual, desvela las claves y motivaciones que han llevado a Putin a embarcarse en su mayor error: la invasión de Ucrania.



Las guerras de Putin.  
De Chechenia a Ucrania  
978-84-124964-2-0  
376 páginas + 16 en color  
15,5 x 23,5 cm  
Rústica con solapas  
P.V.P. 26,95 €

Mark Galeotti, uno de los mayores expertos en la Rusia contemporánea, analiza en este oportuno libro cómo Vladímir Putin ha remodelado su país a través de toda la serie de intervenciones militares en que se ha implicado, que incluye la devastadora invasión de Ucrania. *Las guerras de Putin* dibuja una visión general de los conflictos en los que Rusia se ha visto envuelta desde que Putin se convirtiese en primer ministro, y luego en presidente, desde la Primera Guerra de Chechenia hasta las dos incursiones militares en Georgia, su polémica intervención en la guerra civil Siria, la anexión de Crimea y la eventual invasión de la propia Ucrania. Pero también examina de forma más amplia la renovación del poder militar ruso y su evolución con el fin de incluir una serie de nuevas capacidades, que van desde el empleo de mercenarios hasta su implacable guerra de información contra occidente. Galeotti, con aguda visión estratégica, señala las fortalezas y debilidades de un Ejército ruso rejuvenecido, con sus éxitos y fracasos en el campo de batalla, y lo salpica de anécdotas, instantáneas personales de los conflictos y una extraordinaria colección de testimonios de primera mano de oficiales rusos, tanto en activo como retirados. No hay mejor momento para entender cómo y por qué Vladímir Putin ha involucrado a sus fuerzas armadas en diversos conflictos durante más de dos décadas, y no hay un autor mejor formado que Galeotti para desmitificar las capacidades del Ejército ruso y tratar de entrever lo que nos puede deparar el futuro. *Las guerras de Putin. De Chechenia a Ucrania* es una historia atractiva e importante acerca del renacimiento de un oso ruso decidido a maniobrar para garantizar que Rusia vuelva a situarse, como lo estuvo la URSS durante medio siglo, en el centro de la escena mundial.

### Selección Forbes – Libros que hay que leer sobre Rusia y Ucrania



**Mark Galeotti** es director de la consultora Mayak Intelligence y profesor honorario en la University College London. Es uno de los mayores expertos en la actualidad en historia y estudios de seguridad de la Rusia moderna. Ha sido Jean Monnet Fellow en el European University Institute y miembro de diversos centros especializados en relaciones internacionales. Entre sus libros destacan *Una historia breve de Rusia*, *The Weaponisation of Everything* y *Las guerras de Putin. De Chechenia a Ucrania*.

En librerías el miércoles 2 de noviembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

#### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



# SE HA DICHO DE *LAS GUERRAS DE PUTIN. DE CHECHENIA A UCRANIA*

«El prolífico cronista y analista militar, Mark Galeotti, ha fraguado el libro adecuado en el momento adecuado. En el cual plantea inteligentes cuestionamientos: ¿Es el ejército ruso un poder irredimible, inadecuado para el propósito?».

*The Times*

---

«Mark Galeotti es uno de los analistas más perspicaces e incisivos en torno al pasado, presente y futuro de Rusia. La invasión de Ucrania por parte de Rusia en febrero de 2022 destaca trágicamente la importancia crucial de entender la conexión entre la política y la guerra. Galeotti muestra con viveza cómo ha librado sus guerras Rusia, cómo esas guerras dieron forma a la política del país y, a su vez, cómo la política dio forma a las campañas militares de Moscú».

Joshua C. Huminski, director del Mike Rogers Center for Intelligence and Global Affairs

---

«Un brillante relato de cómo Putin ha usado la fuerza armada durante su mandato, que ha culminado en una letal contienda en Ucrania».

Sir Lawrence Freedman, profesor emérito de Estudios de guerra, King's College London

---

«Un relato contemporáneo amplio, accesible, lúcido y vívido del funcionamiento interno, la lógica y los fundamentos del pilar militar central del putinismo. Recomiendo sin reservas esta joya».

Dr. Graeme P. Herd, George C. Marshall European Center for Security Studies

---

«Las guerras de Putin es Galeotti en su máxima expresión: escrito con el ritmo de una novela de espías y con suficiente información para investigadores o lectores avezados. Una contribución excelente y accesible para el campo de los analistas rusos experimentados y para aquellos interesados en una visión más amplia de cómo sucedió todo».

Dr Yuval Weber, Bren Chair de Estrategia política y militar rusa, US Marine Corps University



## DOSIER DE PRENSA



# SUMARIO

## *Las guerras de Putin. De Chechenia a Ucrania explicado por su autor*



### **EN POCAS PALABRAS**

Desde su llegada al Kremlin, la ambición de Vladímir Putin ha sido devolver a Rusia el estatus de gran potencia y recuperar la preeminencia en el escenario internacional que nunca debió perder tras la caída de la Unión Soviética y el convulso mandato de su antecesor, Yeltsin. Mark Galeotti, uno de los mayores expertos en la actualidad en historia y estudios de seguridad de la Rusia moderna, analiza en profundidad cómo Putin ha logrado durante más de dos décadas fortalecer militarmente al gigante con pies de barro y desvela las motivaciones que le han llevado a embarcarse en su mayor error: la invasión de Ucrania.

Yugoslavia, Chechenia, Georgia, Siria y, por último, Ucrania... Putin ha llevado a Rusia a librar una sucesión de guerras para hacer realidad su renacer militar y con las que poder moldear la percepción de los rusos de su lugar en el mundo y crear una sociedad militarizada que le rinda devoción. Este estudio de Galeotti, más necesario si cabe en los tiempos que corren, desgrana hasta el mínimo detalle el Ejército ruso, el éxito y fracaso de sus reformas, sus fortalezas y debilidades y nos permite vislumbrar lo que puede suceder en el futuro más próximo.

### **UN DESARROLLO MÁS AMPLIO**

Hasta cierto punto, todos los países han sido moldeados por las guerras y no solo por el hecho de combatir, sino también al construir los sistemas impositivos con los que sufragarlas. Esto es particularmente cierto para Rusia, un país sin fronteras naturales, emplazado en la encrucijada

de Europa con Asia. El origen de lo que se convirtió en Rusia fue una invasión: la llegada de los conquistadores vikingos –«varegos»– en el siglo IX. Desde entonces, el pueblo ruso ha sido el objetivo de la potencia militar hegemónica de cada época, ya fueran los mongoles en el siglo XIII, los caballeros teutónicos, polacos o suecos en los siglos XIII, XVII o XVIII, Napoleón en el XIX o Hitler en el XX. No obstante, los rusos no se han limitado a permanecer a la defensiva. Las fronteras de las diversas encarnaciones de la nación –Moscovia, la Rusia zarista, la Unión Soviética y ahora la Federación Rusa– han sido, en gran medida, trazadas por las contiendas, fruto del equilibrio entre la capacidad y las aspiraciones expansivas de Rusia y la fortaleza y la voluntad de resistencia de sus vecinos.

Los conflictos bélicos también han conformado los mitos y leyendas originarios del país. Cuando, en 1380, el príncipe Dmitri de Moscú derrotó a los tártaros de la Horda Dorada en Kulíkov, no fue, en absoluto, el punto de inflexión decisivo que se dijo tiempo después. Al fin y al cabo, dos años más tarde, un ejército de la Horda Dorada tomó y saqueó Moscú y obligó a Dmitri a volver a jurar lealtad a los kanes. En realidad, aún tuvo que pasar un siglo hasta que los rusos pudieran liberarse del llamado «yugo mongol». Con todo, Dmitri lo presentó como un triunfo y pasó así a formar parte de la mitología rusa. Un mito que reafirma el mensaje principal que adoptó Vladímir Putin: cuando los rusos están divididos, se convierten en una presa, pero, cuando se unen, son invencibles.

En 1612, las «milicias populares» lograron expulsar de Rusia a las fuerzas de la comunidad polaco-lituana y la nueva dinastía de los Románov se apropió de este triunfo, que aprovechó para dar lustre a sus credenciales patrióticas (a pesar de que habían colaborado con los invasores). En 1812, la derrota de la invasión francesa – conflicto que los rusos no denominan guerra napoleónica, sino «guerra patriótica»– no solo constituyó un estudio de caso acerca del valor de la defensa en profundidad, sino que también sirvió de pretexto para eludir las reformas internas en el transcurso de los cincuenta años siguientes. La derrota de Crimea obligó a impulsar cambios del régimen; sin embargo, una nueva derrota, la de 1904-1905 en la contienda ruso-japonesa, sacudió al zarismo, considerado el símbolo de los males endémicos del imperio: atraso e incompetencia. El desastre de la Primera Guerra Mundial provocó, al fin, la caída de la dinastía, que había resistido tres siglos. De igual modo, el relato épico de la Gran Guerra Patriótica, primero de resistencia y más tarde de victoria, consolidó el estatus de superpotencia de la Unión Soviética y dio al brutal Estado policial estalinista una pátina de legitimidad entre la población de la que había carecido hasta entonces.

Las cosas no podían ir sino a peor y, visto en retrospectiva, eso es exactamente lo que sucedió con la Unión Soviética. Por supuesto, esta fue capaz de aplastar las expresiones pacíficas de protesta en sus nuevas posesiones imperiales: Alemania del Este en 1953, Hungría en 1956, Checoslovaquia en 1968. No obstante, por más temible que pareciera la URSS en la Europa de la Guerra Fría, hasta 1979 lo más parecido a una contienda que tuvo que librar fue un conflicto no declarado de siete meses de duración con China (1969), buena parte del cual lo libraron Tropas de Fronteras. Sin embargo, en 1979, la Unión Soviética, pese a hallarse en un declive terminal, siguió la senda de Alejandro Magno y del Imperio británico y entró en Afganistán (sin duda, se trató, como más tarde demostró Estados Unidos, de una tentación imperial tan irresistible como imprudente). Los soviéticos tomaron Kabul y depusieron al imprevisible dictador afgano Hafizulá Amín por medio de una operación modélica de comandos, una intervención que marcó el inicio de una guerra que iba a resultar compleja y penosa. Los soviéticos nunca perdieron en el campo de batalla, aunque tampoco pudieron imponerse a los rebeldes y, diez años más tarde, el nuevo dirigente Mijaíl Gorbachov tuvo que admitir la derrota y llevar a los muchachos de vuelta a casa.

El revés en Afganistán (un conflicto que, pese a su brutalidad, fue relativamente limitado, pues la pérdida de 15 000 vidas soviéticas en una década resultaba insignificante en comparación con las cifras de muertes en accidentes de tráfico), no fue en sí misma la causa del colapso, sino, más bien, una metáfora de los motivos que

encerraba: una nación cuya economía estaba cada vez más atrasada con respecto a la de Occidente; gobernada por una gerontocracia que había perdido el contacto con lo que estaba pasando en su propio país, por no decir más allá de sus fronteras; una nación devastada por la corrupción, el excepticismo, el alcoholismo y la apatía. Recuerdo una conversación con un afganets –un veterano de Afganistán– ucraniano que había regresado hacía apenas un año. Me habló de oficiales que lanzaban incursiones de saqueo contra las aldeas, de soldados que intercambiaban sus armas por hachís, de comisarios políticos que durante el día los aleccionaban acerca del hecho de que estaban allí para ayudar al gobierno legítimo contra unos mercenarios respaldados por los estadounidenses, pero que por las noches les pasaban alcohol y maldecían a los dirigentes del Kremlin con la misma rabia que sus hombres. Luego, cuando este afganets regresó a casa, volvió a las colas en las tiendas de alimentación, a las promesas vanas de un piso nuevo y a las noticias triunfalistas que transmitía la televisión en relación con victorias soviéticas festejadas con regocijo por el pueblo afgano. No es de extrañar que pasara de la desilusión al nacionalismo; se unió al activismo antisoviético, que, muy pronto, ayudó a alumbrar una Ucrania independiente.

El último día de 1991, tras un año de huelgas en la minería, malestar interétnico, un golpe de Estado fallido por parte de los elementos más reaccionarios y la declaración de independencia de muchos de los Estados constituyentes de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el presidente Gorbachov firmó su último decreto, por el que disolvía la propia Unión. Rusia era ahora dueña de sí misma, aunque residiera en una casa en ruinas y con un vecindario conflictivo. La década de 1990, como veremos en la **Primera Parte**, fue, en esencia, un tiempo de caos y crisis. La Eurasia postsoviética se enfrentaba a disputas fronterizas, violencia intracomunitaria y el hundimiento de la economía. El Ejército ruso, atenuado por la indisciplina, la criminalidad y la desmoralización, no pudo siquiera sofocar una rebelión en la región norcaucásica de Chechenia, cuya población constituía una centésima parte del total de la Federación Rusa. En el terreno internacional, a esta antigua gran potencia se le consideraba un problema mayúsculo, una irrelevancia excepto en lo referente a su arsenal nuclear; poco seguro, o a la errática política exterior de su primer presidente, Borís Yeltsin.

No fue, por tanto, ninguna sorpresa que Putin tratase de poner remedio de inmediato a todo esto cuando sustituyó a Yeltsin. Como veremos en la **Segunda Parte**, enseguida adoptó medidas para reconstruir las fuerzas armadas, con las que emprendió una segunda guerra en Chechenia en la que los rebeldes fueron por fin sometidos gracias al empleo de una potencia de fuego desahogada

y el despliegue de chechenos leales. Sin embargo, muy pronto vio frustrada su pretensión de establecer una relación positiva y pragmática con Occidente (*vid. Tercera Parte*) –llegó incluso a sugerir la idea de que Rusia se incorporase a la OTAN–. Putin consideraba cada vez más que el poder militar ruso no solo era una garantía de la seguridad, sino también el medio de convertir de nuevo al país en una potencia internacional creíble y, gracias a los abundantes ingresos procedentes del petróleo y el gas, intensificó esta campaña para revivir las capacidades militares de Rusia (*vid. Cuarta Parte*).

No obstante, el Kremlin era muy consciente de que, aunque se rearmase, el poder militar ruso no estaba a la altura del de la OTAN y de que un conflicto abierto sería un desastre autodestructivo. De esto se deriva, como se aborda en la **Quinta Parte**, el surgimiento de nuevas formas de hacer la guerra, muchas de ellas encubiertas e indirectas: ciberataques, desinformación, asesinatos selectivos y empleo de mercenarios. Estos métodos se han empleado, en mayor o menor medida, en toda la serie de conflictos en los que se ha involucrado Rusia: desde la Guerra de los Cinco Días de Georgia en 2008, pasando por la anexión de Crimea en 2014 y sus intervenciones en Siria y otros territorios, hasta culminar en la invasión de Ucrania de 2022.

Sin embargo, la Rusia de Putin –y de su sucesor, quienquiera que sea y cuando suceda– sigue enfrentándose a desafíos importantes, como trataremos en el **Capítulo 28**; entre ellos, la posibilidad, casi inevitable, de nuevos conflictos en el norte del Cáucaso o la rivalidad creciente con los países que considera el «exterior cercano», es decir, su esfera de influencia. La cuestión principal es si el ascenso de China, que hasta ahora se ha ensalzado públicamente como un estrecho aliado, se tornará en amenaza. Aunque puede que la auténtica pregunta no sea si lo será, sino cuándo. De uno u otro modo, Putin –un hombre que es evidente que tiene muy presente su lugar en la historia–, como tantos otros príncipes o zares que lo han precedido, ha empleado el poder militar y la guerra como instrumentos decisivos y no solo para reafirmar el lugar en el mundo de su país, sino también para reconstruir un mito nacional de orgullo patriótico, gloria y triunfo. Putin se ha dedicado de forma activa a reelaborar un relato de la evolución de Rusia a través de los siglos que subraya las lecciones que encajan con sus intereses: que el mundo es un lugar peligroso, que los rusos necesitan permanecer unidos y disciplinados, que mostrar debilidad es una invitación a ser atacados y que, según la célebre observación del zar Alejandro III: «Rusia solo tiene dos aliados: su Ejército y su Marina».

Aun así, las encuestas de opinión muestran que los rusos no acaban de estar convencidos. Celebraron el retorno de Crimea, pero ven con escepticismo la guerra

no declarada del Donbás que siguió a la anexión y que ha provocado la invasión de 2022, del mismo modo que no exhiben mucho entusiasmo por el despliegue de tropas en Siria, por más que los medios estatales la presenten como una moderna y exitosa «tecnoguerra». La mayoría no considera que Rusia esté bajo amenaza militar; a pesar de que la maquinaria propagandística del Kremlin suministre sin cesar toda clase de informaciones tóxicas relativas a supuestos complotos occidentales y amenazas inminentes.

Con todo, las fuerzas armadas son un símbolo de orgullo nacional y de poder y, si bien no todas las guerras de Putin pueden ser consideradas victorias, no parece probable ningún giro pacifista durante su mandato... ni, posiblemente, en el de su eventual sucesor, quienquiera que sea.

Este último hecho quedó de manifiesto con toda claridad en febrero de 2022, cuando Putin desencadenó la invasión de Ucrania. En aquel momento, el manuscrito del presente libro ya estaba terminado, pero era imposible ignorar esta escalada extraordinaria en toda su beligerancia y audacia. En vista de tales hechos, he reformulado ligeramente el grueso de la obra y he añadido un **nuevo capítulo** que narra la evolución de los acontecimientos hasta junio de 2022.

YUGOSLAVIA  
CHECHENIA  
GEORGIA  
CRIMEA  
DONBÁS  
SIRIA  
UCRANIA

DOSIER DE PRENSA



# CLAVES DEL LIBRO

La política de Putin ambiciona restituir a Rusia el estatus de gran potencia. En su concepción nacionalista, cuando Rusia no ha sido poderosa ha sucumbido, por lo que debe apostar por el «poder duro», lo que significa apoyar su política en las fuerzas armadas y... en la guerra.

---

Rusia heredó de la URSS unas fuerzas armadas desfasadas y lastradas por su modelo militar. La trayectoria de Putin es la historia de un intento de reformar completamente sus recursos militares: profesionalizar, modernizar y acercar las fuerzas armadas a la sociedad rusa.

---

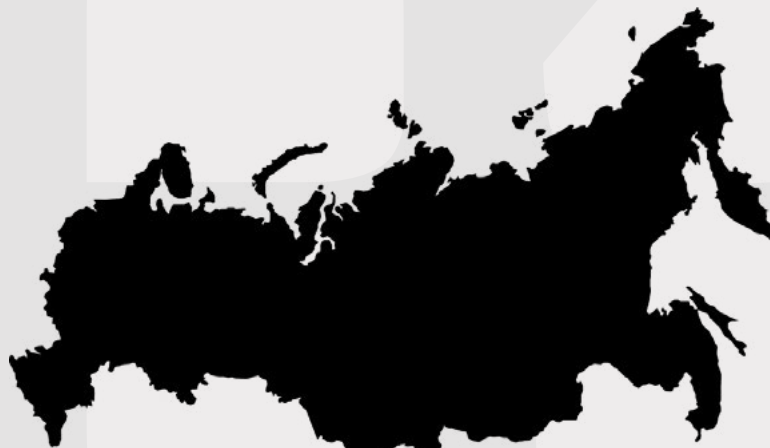
Las guerras de Putin han pretendido garantizar la preeminencia de Rusia en el espacio postsoviético (Chechenia, Georgia, Moldavia y Tayikistán...) y proyectarse lejos de su esfera de influencia (Siria). Pero también han servido para evaluar los progresos de las reformas militares.

---

Corrupción, oligarquías que controlan la industria militar, una línea dura procedente de los círculos de los servicios de inteligencia y de militares curtidos en Afganistán. El programa de renovación militar nos sumerge en la naturaleza del régimen, en los mecanismos del Kremlin.

---

Ucrania es la prueba de fuego del proyecto de Putin. Su desenlace determinará su legado y su lugar en el panteón de la historia rusa. ¿Ha cumplido sus objetivos? ¿Estrechado la brecha con Occidente? ¿Hasta qué punto la sociedad rusa le respalda? ¿Estamos asistiendo a su final?





## ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a **Mark Galeotti**, posiblemente, una de las personas que mejor conoce la figura de Putin. Especialista en asuntos de historia, seguridad y política en la Rusia actual, es profesor honorario en la Escuela de Estudios Eslavos y de Europa del Este de la University College London y director de la consultora Mayak Intelligence. Sus frecuentes apariciones en prensa y numerosas publicaciones revelan un profundo conocimiento sobre la Rusia de Putin. Entre las más destacadas encontramos: *Una historia breve de Rusia*, *Tenemos que hablar de Putin*, *The Weaponisation of Everything* y *Las guerras de Putin. De Chechenia a Ucrania*.

**¿Cuáles son las motivaciones de Putin en materia exterior y de defensa? ¿Qué papel desempeña el poder duro (*hardpower*) y, más en concreto, la guerra en su noción del mundo?**

**«Para Putin, el poder no es dinamismo económico ni *softpower*, se trata de capacidad militar, respeto y que los otros países te tengan miedo».**

A la hora de la verdad, creo que Putin es un geopolítico del siglo XIX y un Napoleón o un Bismarck se reconocerían en lo que está haciendo y lo considerarían bastante normal. En ese contexto, siente que necesita demostrar su gran poder, afirmarlo de una manera que nadie pueda confundirlo. Para él, el poder no es dinamismo económico ni *softpower*, se trata de capacidad militar, respeto y que los otros países te tengan miedo.

Sus motivaciones son esencialmente emocionales. Tienen que ver, por un lado, con su propia seguridad y, sobre todo, con su legado. Es sorprendente hasta qué punto trata de hacerse un nombre en la inmensa historia

rusa. También es una batalla por el respeto. Una y otra vez, lo que aflora es que Rusia quiere ser tratada como una gran potencia. Y ese es precisamente el reto, porque en términos objetivos Rusia no es una gran potencia. Rusia es una nación fuerte, tiene recursos, tiene armas nucleares,

si quisiera ser realista sería un país como Alemania o como el Reino Unido. Pero las ambiciones de Putin son mucho mayores. No obstante, el objetivo de Putin de proyectar como gran potencia a Rusia en un contexto como el actual no se va a cumplir.

### **¿Cuándo empezó a escribir el libro y cuánto tiempo le llevó?**

Es una pregunta difícil de responder, porque suelo tener varios proyectos en marcha de forma paralela. Me ha llevado tres años escribir el libro. Presenté el manuscrito final dos semanas antes de que los rusos invadieran Ucrania, así que hubo algunas discusiones de última hora sobre cuándo podía incluir otro capítulo más.

### **¿Ha sido difícil conseguir acceso a las personas y los lugares sobre los que deseaba escribir?**

Desde junio, el gobierno ruso me ha prohibido formalmente la entrada al país. Pero, por suerte, estoy anticuado. Llevo mucho tiempo haciendo esto y he construido una red de contactos. Y muchos de ellos no son solo contactos, sino amigos. Por otro lado, tengo una posición interesante. Está claro que no soy un fan del régimen de Putin, pero tampoco se me considera un rusóphobo rabioso. Dado que opero en los límites de lo oficial y lo académico, eso me ha dado a veces más acceso. A partir de 2014, la gente se puso más paranoica y a la defensiva respecto a lo que hablaba. Pero, incluso hoy, hay personas con las que me comunico a través de canales seguros, que están encantadas de conversar.

### **Desde Chechenia a Ucrania han pasado más de dos décadas. ¿Qué ha cambiado para Putin en ese tiempo?**

Putin se ha hecho más poderoso con el tiempo. Es el presidente, pero no solo eso. Tiene mucha influencia y se ha vuelto más y más autócrata. Pero antes tenía a gente que podía disentir con él, le podía rebatir y ahora ha creado un sistema en el que le dice lo que quiere oír y no lo que tiene que oír. Si en 2007 hubiera mandado invadir Ucrania, alguien le hubiera dicho que no era una buena idea. La segunda clave es que, al ir cumpliendo años, está obsesionado con su posición en la historia. Quiere ser recordado por sus logros.

**«Putin es un actor racional, pero que cada vez está más alejado de la realidad. Se ha vuelto adicto a la embriagadora sensación de tener siempre la razón».**

**«Al ir cumpliendo años, está obsesionado con su posición en la historia. Quiere ser recordado por sus logros».**

### **¿Está la sociedad rusa cohesionada en torno a la figura de Putin? ¿Qué papel tienen las intervenciones militares en la propaganda del Kremlin?**

La mayoría de los rusos no saben realmente lo que está sucediendo y, francamente, se limitan a tener

un perfil bajo. Es una vieja práctica soviética. Cuando crees que hay algunas verdades peligrosas ahí fuera, te aseguras de no ser consciente de ellas durante el mayor tiempo posible. La guerra en Ucrania va a definir el legado de Putin. Todo lo que se construyó durante sus primeros mandatos se está dilapidando, ya sea la economía, el lugar de Rusia en el mundo o un ejército en el que pasó veinte años invirtiendo enormes cantidades de dinero y que ahora está siendo arrollado.

Ha habido algunas encuestas de opinión, pero obviamente es muy difícil tener una idea clara de lo que piensan los rusos en este momento. Uno de los sondeos sugería, en líneas generales, que algo más del 50% está a favor de la guerra, pero hay que hacer una salvedad muy importante. La mayoría de ellos no sabe lo que ocurre en Ucrania: los últimos vestigios de medios de comunicación independientes han sido suprimidos, se les alimenta con una mezcla tóxica de propaganda a través de la televisión y se les dice que es una operación limitada para detener a los neonazis que están llevando a cabo un genocidio. Creo que por eso hay apoyo, pero es frágil, y se basa en una idea falsa.

### **¿Y hasta qué punto la política de Putin, aparentemente tan agresiva, es un reflejo de las aspiraciones de la sociedad rusa?**

En cuanto a la idea de la expansión de Rusia, por un lado, considero que a los rusos les gustaría que les dijeran que otros pueblos quieren formar parte de la Federación Rusa porque les parecería espléndido. Sin

embargo, por el otro lado, estas son en general las regiones más pobres, por lo tanto, en realidad estamos hablando de anexionar zonas donde se necesitará invertir grandes cantidades de dinero para impulsarlas. Tal y como yo lo veo, ese va a ser

el verdadero problema. En un momento de graves problemas económicos con una inflación muy alta, la gente está preocupada por sus empleos, por poder comprar alimentos y medicinas, así que la idea de invertir dinero en alguna región como Osetia del Sur o Abjasia en Georgia, simplemente para que se vea un



puntito más en el mapa de Rusia, será muy impopular si se piensa a largo plazo.

### ¿Cuál es el principal mito popular sobre Vladimir Putin?

Creo que es precisamente que lo dirige todo. Sigue existiendo la idea de que es una especie de supervillano a lo James Bond. En primer lugar, el mundo no es así; y además se le podría considerar una especie de autócrata perezoso que se sienta y deja que los demás ideen todo tipo de planes y estratagemas por su cuenta.

### Hasta Ucrania la respuesta occidental ante las guerras de Putin ha sido vaga ¿Si Occidente se hubiera implicado más hubiera cambiado la actual situación?

Desde Occidente, no nos hemos fijado en lo que nos decía. Todo lo que ha hecho y hace nos lo ha contado; nos ha dicho que lo haría. Mientras, nosotros pensábamos que solo trataba de meternos miedo. Que era solo retórica. Nos ha ido diciendo que la OTAN es una alianza agresiva, que lo del 2014 con Crimea era casi una operación organizada por la CIA y que él tenía que hacer algo. Y lo hizo. Esto no quiere decir que tengamos que aceptar su visión del mundo, pero tenemos que aceptar que es su visión del mundo.

Por otro lado, siempre es fácil ser sabio a posteriori, pero no había nada inevitable en esta guerra: Putin solo tomó la decisión final en el último minuto y podría haber

elegido un camino diferente con mucha facilidad. A corto plazo, se pudo armar a Ucrania antes, aunque esto podría haber empujado a Putin a atacar antes al confirmar sus suposiciones de que era una base avanzada de la OTAN. Las verdaderas raíces de esta guerra son mucho más profundas y están en los errores de cálculo que Occidente cometió años antes, sobre todo al prometer a Ucrania el

ingreso en la OTAN en 2008, aunque en realidad no lo decía en serio. Esto fue suficiente para alarmar a un Kremlin cada vez más paranoico,

pero no suficiente para dar a Ucrania garantías de seguridad. Lo peor de ambos mundos.

### «Putin se imaginó que sería Vladímir el Grande, el hombre que reunió a los corazones eslavos».

### En el libro nos transmite que la modernización y profesionalización de las fuerzas armadas rusas han sido un esfuerzo constante a lo largo de las dos décadas de mandato del Putin. Sin embargo, las noticias que estamos recibiendo de Ucrania nos sirven de indicador del grado de éxito o de fracaso de las reformas militares. ¿Es así?

Putin ha estado reforzando su ejército durante veinte años y prácticamente lo ha quemado todo en veinte días de lucha. Las reformas militares de Rusia no han sido ni mucho menos tan exitosas como aparentaban desde fuera. Es cierto que los militares rusos desfilan estupendamente por la Plaza Roja, aunque todavía no han resuelto cuestiones fundamentales sobre logística, formación de personal, tener un cuerpo de suboficiales adecuado y todos sus demás problemas de infraestructura y liderazgo. Pero más determinante

En su afán por contar con más *kontraktniki*, las fuerzas armadas están reclutando un número creciente de mujeres, como esta teniente de la 38.<sup>a</sup> Brigada de las Fuerzas Aerotransportadas (VDV), que está configurando el sistema de comunicaciones de un jeep GAZ Tigr (TASS/Alamy Stock Photo).



# DOSIER DE PRENSA



## «En las primeras dos semanas, lo mejor del ejército ruso quedó destrozado porque se vio atrapado en un conflicto para el que no estaba preparado».

que todas estas cuestiones, es que los militares rusos no fueron enviados a luchar de la forma en que se entrenan y preparan para ello.

A los soldados de a pie ni siquiera se les dijo cuál era la verdadera misión. Rusia no ha luchado siguiendo su propia doctrina, que es muy burocrática y está cuidadosamente estructurada. En cambio, se ha llevado a cabo un intento chapucero y poco entusiasta, puesto que Putin parecía creer realmente que un par de compañías de paracaidistas podían simplemente entrar en el centro de Kiev y detener al gobierno. De acuerdo con Putin, la invasión a Ucrania era una «operación militar especial» en lugar de una guerra. Esto, además de ser propaganda con fines internos, reflejaba el hecho de que Putin simplemente no creía que fuera a ser una guerra real. La consecuencia fue que, en las primeras dos semanas, lo mejor del ejército ruso quedó destrozado porque se vio atrapado en un conflicto para el que no estaba preparado.

Si el mundo fuera como Putin creía que era, probablemente ahora estaríamos hablando de su extraordinaria brillantez estratégica. Desde su punto de vista Ucrania sería una victoria fácil, no compartió sus planes con nadie, incluidos los generales y otros oficiales que llevarían a cabo la operación.

### ¿Ha cambiado su perspectiva sobre Putin a lo largo de las décadas y a medida que escribía el libro?

Claro, y eso se debe en parte a que el propio Putin ha cambiado con el tiempo. Ninguno de nosotros es el mismo que hace 30 años. Como tantos autócratas, se ha convertido casi en una caricatura de sí mismo. Está cada vez más rodeado de compinches que tan solo le dicen lo que quiere oír. Admito que pensé que las posibilidades de que invadiera Ucrania, hasta prácticamente los últimos días antes de que lo hiciera, eran del 30-40%. No tenía sentido que invadiera, y sigue sin tenerlo. Al principio pensé: «Oh, Dios mío, ¿he malinterpretado al completo a este hombre?», pero a medida que salía más información, quedaba claro que en realidad no era distinto a lo que yo creía. Es su incompreensión de la situación es lo que le impulsa. En cierto modo, mi visión de Putin es de creciente tristeza. Nunca fue un hombre agradable, pero si nos fijamos en sus dos primeros mandatos presidenciales, evitó que Rusia se desmoronara, lo que habría sido un desastre para todos. Los libros de historia habrían dicho: «Este es un hombre que hizo un trabajo difícil pero necesario». Pero todos los avances que hizo en esos primeros diez años se han dilapidado. Y tengo la sensación de que se ha desperdiciado una oportunidad histórica de una forma tan sangrienta e innecesaria.

### Hacia el final del libro, usted escribe sobre la «guerra no lineal» de la política y la inteligencia. ¿Qué importancia tiene este elemento de la guerra para entender a Putin y sus motivos?

Es importante. Para los ucranianos, lo que importa en este momento es el aspecto militar. Pero, en general, Putin es lo suficientemente realista como para darse cuenta de que Rusia no puede emprender ninguna acción directa contra la OTAN. Por otra parte, siente que está librando una lucha existencial por Rusia, pero, sobre todo, por su propia supervivencia. Existen límites entre las «guerras convencionales» y aquellas «sin disparos», que nosotros consideramos muy importantes, pero no creo que los rusos lo hagan. Ellos ven un conflicto como un conflicto, ya sea desestabilizar las economías de Occidente o cualquier otra cosa. Nosotros, Occidente y la OTAN, debemos reflexionar y prestar más atención a cómo abordar estas otras formas de guerra.

### ¿Cómo cree que se desarrollará la guerra en Ucrania?

Putin va a perder en Ucrania, está claro que no es una batalla para la que estuviera preparado. Desperdició gran parte de su capacidad con su estrategia al

## «La guerra en Ucrania va a definir el legado de Putin. Todo lo que se construyó durante sus primeros mandatos se está dilapidando».

principio. Aunque los rusos se estén movilizandohasta cierto punto, serán tropas que no están muy bien armadas ni entrenadas. Podrán mantener la línea durante un tiempo, pero no van a cambiar el curso de la batalla. Crimea va a ser el punto de fricción, porque es ese pedazo de Ucrania que casi todos los rusos, apoyen o desprecien a Putin, piensan que es ruso. Así que eso podría terminar siendo negociado. Pero, por lo demás, creo que los ucranianos van a expulsar a los rusos del resto del territorio, y esto marcará el comienzo de una auténtica nación ucraniana independiente. Y, al mismo tiempo, creo que será el fin del putinismo. Puede ser o no la caída política personal de Putin, pero su sistema y su modelo quedarán fatalmente desacreditados. Habrá que esperar a que muera o se vaya, y se creará algo nuevo. Habrá que esperar a que fallezca o se marche del cargo, para que aparezca algo nuevo.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

# ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Nota del autor  
Nota a esta edición  
Abreviaturas  
*Dramatis personae*  
Cronología

I Introducción

## PRIMERA PARTE: ANTES DE PUTIN

- 2 Nacido en el caos
- 3 Un Ejército en crisis
- 4 La Primera Guerra de Chechenia
- 5 Las guerras de reafirmación de Rusia

## SEGUNDA PARTE: PUTIN ENTRA EN ESCENA

- 6 Las prioridades de Putin
- 7 La Segunda Guerra de Chechenia
- 8 Ivánov, el iniciador
- 9 Serdiukov, el ejecutor
- 10 Georgia, 2008 (I): Tiflis mueve ficha...
- 11 Georgia, 2008 (II): ...y Moscú responde
- 12 El Ejército de «Nueva Imagen»

## TERCERA PARTE: LA NUEVA GUERRA FRÍA

- 13 Shoigú, el reconstructor
- 14 Crimea, 2014

- 15 El Donbás, 2014-...
- 16 Las enseñanzas de la Guerra del Donbás
- 17 Siria, 2015 (I): la intervención inesperada
- 18 Siria, 2015-... (II): las lecciones de la campaña de Siria

## CUARTA PARTE: EL REARME DE RUSIA

- 19 Ruido de rublos
- 20 *Armiya Rossii*
- 21 ¡El cielo es de Rusia!
- 22 La disputa por el mar
- 23 Proyección de poder: boinas negras y boinas azules
- 24 Los *Spetsnaz*
- 25 El seguro nuclear

## QUINTA PARTE: EL FUTURO

- 26 Guerra política
- 27 Guerra de nueva generación
- 28 Desafíos del futuro
- 29 Ucrania 2022: ¿la última guerra de Putin?
- 30 Conclusiones: ¿la Esparta euroasiática?

Bibliografía

Índice analítico



# DOSIER DE PRENSA



# CAPÍTULO 1

## INTRODUCCIÓN

Embajadores y dignatarios extranjeros, desde aliados de la Segunda Guerra Mundial a compañeros de viaje geopolíticos del presente, son invitados a unirse al público asistente. Sin embargo, no están ahí para participar, sino para ser testigos, pues, durante las dos últimas décadas, el Día de la Victoria ha sido el día de Vladímir Putin. A pesar de que solo recibió una mínima instrucción como reservista en la universidad, y de que quedó exento de hacer el servicio militar gracias a que pertenecía al KGB (*Komitét gosudárstvennoi bezopásnosti*), el servicio de seguridad e inteligencia de la Unión Soviética, lo cierto es que Vladímir Putin ha hecho todo lo posible por vincular su figura a las glorias marciales del país. Su oportuna imagen en la cabina de un reactor, probando un nuevo fusil o conduciendo un carro de combate se ha convertido en un tópico manido (y también en el tema de numerosos calendarios bochornosamente hagiográficos). Por ello, presidir el *Den Pobedy*, el Día de la Victoria, es una oportunidad de asociar su persona no con un simple triunfo, sino con uno específicamente ruso, que no se puede dejar pasar.

La Gran Guerra Patriótica de los soviéticos transcurrió de 1941 a 1945, esto es, se inició con el ataque nazi contra la Unión Soviética, no con la invasión de Polonia en 1939 (al fin y al cabo, el propio Stalin arrancó de un bocado en ese mismo momento un pedazo de su tradicional enemigo polaco), ni tan siquiera con la ocupación de Francia. Se celebra el día 9 de mayo, no el 8, como en el resto del mundo. Esto no se debe, como han concluido algunos, a una obstinada afirmación de independencia. No es más que la consecuencia de la diferencia de husos horarios: cuando se firmó el tratado final de paz, en Moscú ya había despuntado el día siguiente.

Sin embargo, existe algo también muy específico del Día de la Victoria: sigue constituyendo un acontecimiento verdaderamente nacional. El cielo casi siempre

está azul (en buena medida, gracias a que la fuerza aérea bombardea con hielo seco las nubes de lluvia para que descarguen antes de que amanezca) y por toda la ciudad, desde altavoces, resuenan a todo volumen canciones patrióticas. Las parejas pasean por las calles con *pilotkas* a juego, el gorriño característico del Ejército Rojo, y los niños entregan flores a los veteranos, en cuyos pechos tintinean refulgentes sus viejas medallas. Como era de esperar, el Kremlin hace todo lo posible por animar y fomentar esta manifestación de patriotismo nostálgico, desde los enormes murales que ensalzan a los generales del pasado, hasta la apropiación y revitalización del movimiento del «Regimiento inmortal», en el que los manifestantes marchan portando los retratos en blanco y negro de familiares caídos. Sin embargo, no se trata de un ritual vacío impuesto por el Estado. La gente anuda en los espejos retrovisores cintas de san Jorge, de color negro y naranja, símbolo de las glorias militares rusas, no porque Putin lo ordene, sino por voluntad propia.

Lo mismo puede decirse de las camisetas con estética militar y patriótica que pueden adquirirse en quioscos de toda la ciudad o, si se prefiere algo de mayor calidad, en las carísimas tiendas del Ejército, como la que se encuentra en el bulevar Novinski (*vid.* Capítulo 20), justo delante de la embajada de Estados Unidos (resulta inevitable sospechar que se trata de un acto de provocación). Mi favorita es una que muestra un retrato del ministro de Exteriores, Serguéi Lavrov, por delante y el de Defensa, Serguéi Shoigú, por detrás, y en la que puede leerse: «Si no quieres hablar con Lavrov... tendrás que vértelas con Shoigú». Es precisamente esta convergencia de cínica propaganda estatal y genuino entusiasmo popular en las fuerzas armadas y en los conflictos en los que se han visto envueltas lo que resulta llamativo, característico y, en ocasiones, inquietante.

Jura de bandera de los nuevos reclutas de la 106.<sup>a</sup> División Aerotransportada de la Guardia (MO RF).



# DOSIER DE PRENSA

# CAPÍTULO 5

## LAS GUERRAS DE REAFIRMACIÓN DE RUSIA

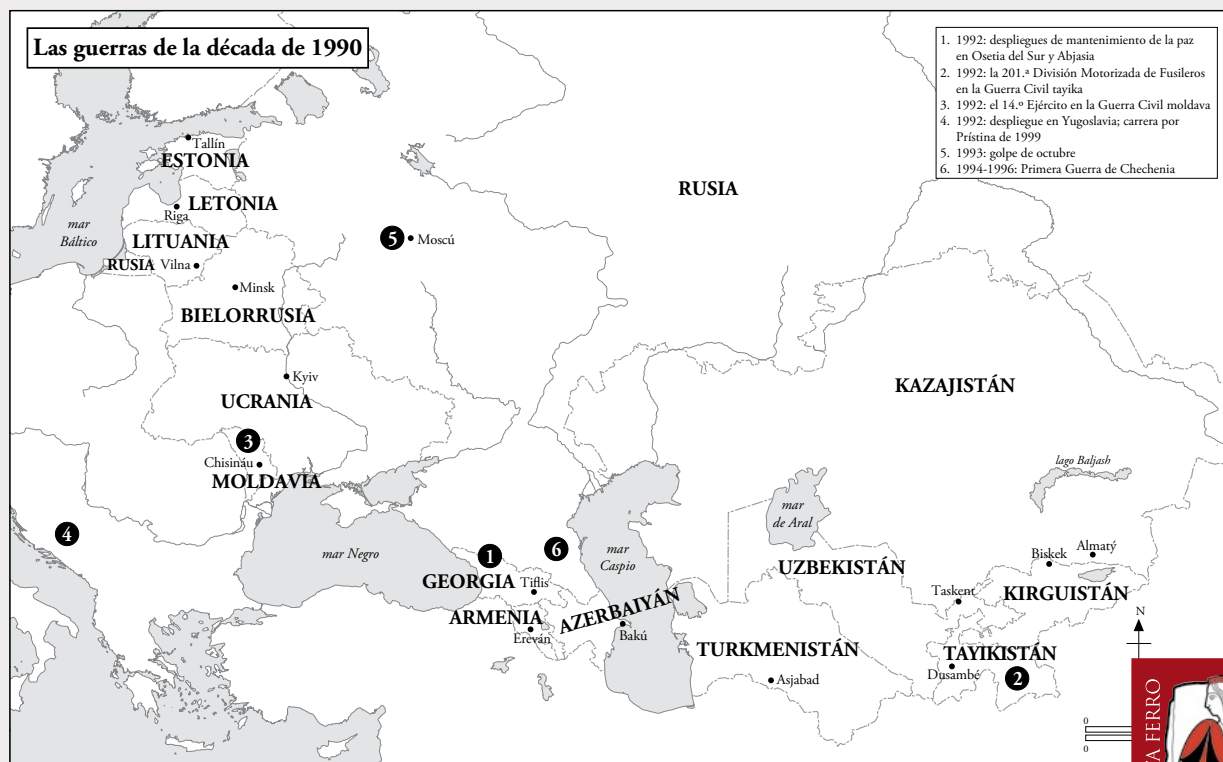
La Primera Guerra de Chechenia fue un desastre para el Ejército ruso, que había sido superado y derrotado, hasta el punto de perder ciudades a manos de un improvisado contingente guerrillero. Había actuado con chapucería y crueldad. Toda su ineficiencia, brutalidad y corrupción había quedado expuesta gracias a unos medios de comunicación críticos que relataban sus fracasos. La contienda chechena también contribuyó a una fuerte reacción de la opinión pública contra el Ejército y causó un repunte de la elusión del servicio militar. La credibilidad y las expectativas de los militares rusos habían caído a su punto más bajo. La moral estaba por los suelos: el general Rojlin, uno de los pocos comandantes que se distinguieron en Chechenia, rehusó aceptar la medalla de Héroe de Rusia, para quien: «La guerra de Chechenia no ha traído gloria a Rusia, sino infortunio».<sup>1</sup>

Yeltsin, un hombre que nunca pasaba por alto la oportunidad de encontrar un buen chivo expiatorio, destituyó a Grachov y obligó a dimitir al jefe del servicio de seguridad, el FSK, Serguéi Stepashin, y al ministro del Interior, Víktor Yerin. El sucesor de Grachov, el cáustico Rodiónov, no duró mucho en el cargo. El nuevo ministro estaba frustrado por la reticencia del Gobierno a proporcionar una financiación adecuada a las fuerzas armadas (en 1997 estalló contra el periodista especializado en asuntos militares Pável Felgenhauer:<sup>2</sup> «¿De qué putas reformas está hablando? ¡Estamos pasando hambre!») y además se resistía a subordinar el Ejército al Consejo de Defensa, un organismo nuevo –aunque de breve existencia– cuyo secretario, Yuri Baturin, se dedicaba, en opinión

de Rodiónov, a escatimarle fondos. En mayo de 1997, menos de un año desde que había asumido el cargo, Rodiónov fue cesado y reemplazado por el general Ígor Serguéyev, jefe de las Fuerzas de Misiles Estratégicos (RVSN).

Una vez en el cargo, Serguéyev hizo declaraciones menos explosivas y dedicó la mayoría de sus esfuerzos a proteger su antigua arma, más que al conjunto de las fuerzas armadas. Durante buena parte de la década de 1990, el Ejército ruso estuvo dirigido por una serie de cargos políticos más preocupados por proteger sus puestos y apaciguar a Yeltsin que en articular una visión de conjunto coherente para las fuerzas armadas del país. Hacia finales de la década, estas no habían experimentado apenas reformas; tan solo habían reducido su tamaño con respecto a los primeros años.

A pesar de ello, este Ejército tuvo que proteger los intereses de la madre Rusia en un número creciente de teatros de operaciones. Además de la guerra en Chechenia, sus fuerzas intervinieron en los Estados vecinos post-soviéticos, tanto para pacificar como para imponer su dominio imperial. Incluso las enviaron a Yugoslavia durante la contienda civil que destruyó el país, en el que tuvieron un tenso enfrentamiento con las tropas estadounidenses. Fue una década en la que vivieron peligrosamente; Moscú trató de representar el papel de gran potencia, o al menos de potencia regional, con soldados mal pagados, mal alimentados, subestimados y faltos de entrenamiento. En muchos aspectos, resulta sorprendente que actuaran tan bien como lo hicieron.



## CAPÍTULO 6

# LAS PRIORIDADES DE PUTIN

Pronto quedó claro que Putin aspiraba a restablecer el poder del Estado, dentro y fuera de Rusia, por todos los medios que fueran necesarios. Los oligarcas multimillonarios que con Yeltsin habían dirigido el país desde la sombra fueron metidos en vereda, en particular el más rico de todos ellos, Mijaíl Jodorkovski, arrestado y encarcelado por no haber sabido ver que los días en que podía intervenir en política se habían acabado. Putin no tenía intención de ser la marioneta o el instrumento de nadie.

Por el momento, su primer foco de atención fue Chechenia, que se convirtió en una especie de campo de pruebas del nuevo orden. En septiembre de 1999, una serie de explosiones sacudió cuatro edificios de apartamentos en Moscú, Buinaksk –en la norcaucásica Daguestán– y Volgodonsk –en la región meridional de Rostov–. Hubo más de 300 civiles muertos y un millar de heridos. El atentado se atribuyó de inmediato a los yihadistas chechenos y la respuesta de la población, como era de prever, fue una mezcla de miedo e ira que reforzó el consenso de que el país necesitaba mano dura. Todavía hoy estos ataques terroristas están sujetos a la controversia. Existen sólidos indicios que permiten sospechar que fueron organizados por los partidarios de Putin dentro de los servicios de seguridad, con o sin su conocimiento, pero, de un modo u otro, la opinión pública, hasta entonces nada partidaria de reemprender la guerra en Chechenia, empezó a cambiar. Un mes antes, el señor de la guerra checheno Shamil Basáyev y el yihadista saudí Samir Saleh Abdullah, alias

Jattab, habían desencadenado una incursión militar contra Daguestán, una intentona que fue rechazada después de un mes de combates esporádicos, y el ataque parecía confirmar que Masjádov no podía o no tenía intención de controlar a los extremistas de Chechenia.

En octubre, como veremos con más detalle en el próximo capítulo, los rusos emprendieron la Segunda Guerra de Chechenia y era evidente que se habían estado preparando para entrar en acción. Al contrario que en la primera contienda, caracterizada por la improvisación, y a menudo la falta de entusiasmo, para esta guerra el Kremlin reunió una fuerza militar capaz y poderosa y, además, controló con firmeza el relato en la retaguardia. La invasión del Daguestán y las bombas contra los apartamentos les había proporcionado un sólido motivo para actuar y la invasión subsiguiente, emprendida cuando Putin era primer ministro, pero que se libró durante su presidencia, marcó la pauta de su modo de gobernar. El Estado ruso había vuelto: no toleraría desafíos ni en el interior ni en sus fronteras y protegería los intereses de la seguridad sin importar lo que pensara el mundo exterior.

Putin nunca ha sido otra cosa que un nacionalista convencido y lo dejó claro antes incluso de alcanzar la presidencia. En su opinión, «Rusia ha sido una gran potencia desde hace siglos y aún lo sigue siendo. Siempre ha tenido, y tendrá, zonas de interés legítimo [...] No debemos bajar la guardia en este aspecto, ni tolerar que nuestra opinión sea ignorada».<sup>3</sup>

El crucero lanzamisiles Moskvá, buque insignia de la Flota del mar Negro, zarpa de Sebastopol. Esta nave fue hundida en abril de 2022 por misiles ucranianos (ZUMA/Alamy Stock Photo).



# DOSIER DE PRENSA



# CAPÍTULO 10

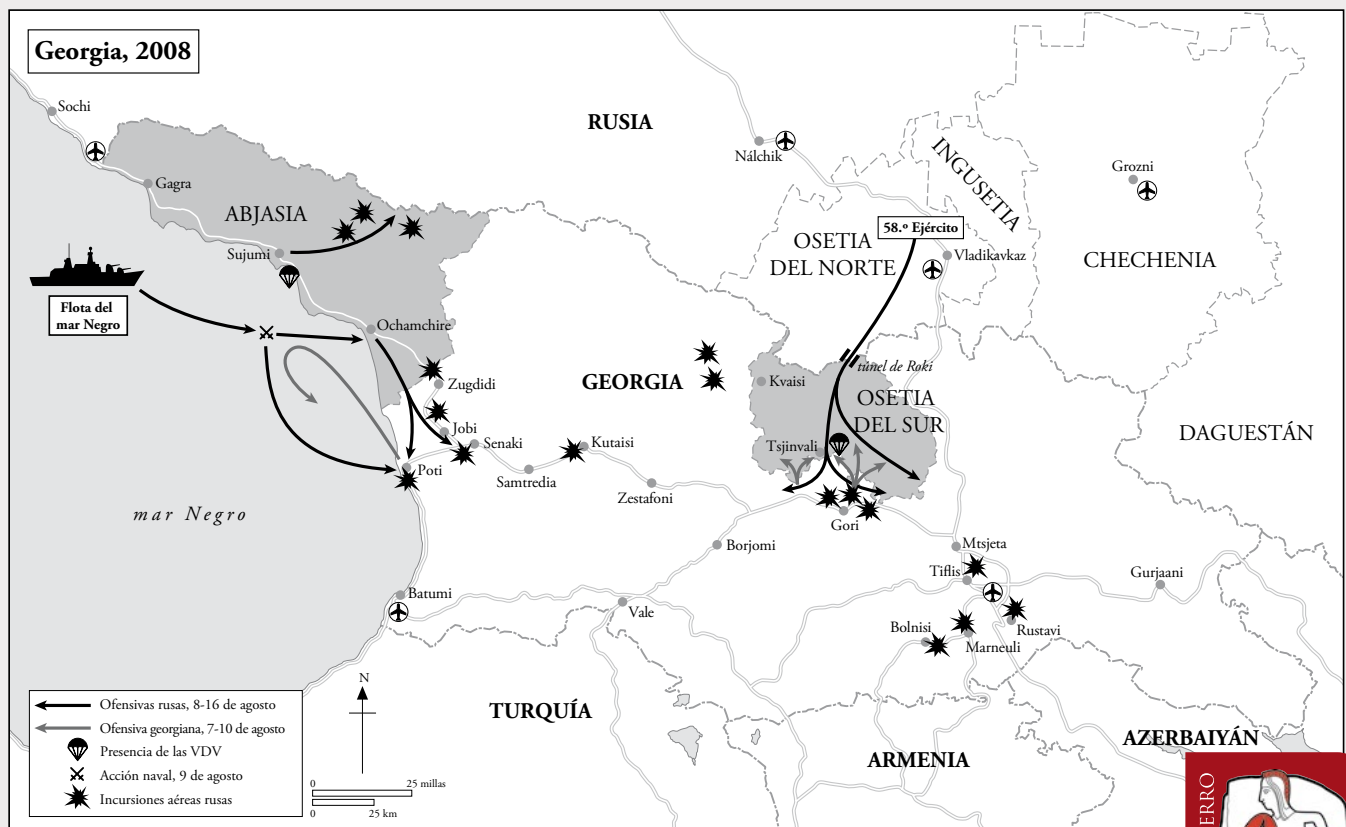
## GEORGIA, 2008 (I): TIFLIS MUEVE FICHA...

Saakashvili no solo había adquirido un compromiso personal con el restablecimiento del control sobre las repúblicas rebeldes por parte de Tiflis, también tenía la sensación de que el momento de hacerlo se estaba esfumando. En febrero de 2008, Occidente reconoció la secesión unilateral de Kósovo, lo que indignó a los rusos, que lo consideraron un precedente peligroso y un descarnado alarde de favoritismo, dado que Serbia era aliada de Rusia. Esta respondió haciendo ruido: si Occidente podía convertir regiones secesionistas en países reales, ellos también. Tenían la impresión de que el reconocimiento formal de Abjasia y Osetia del Sur –lo cual implicaría garantías de seguridad– era solo cuestión de tiempo. Asimismo, Georgia no podía permitirse mantener a largo plazo esos niveles de gasto militar y era previsible que Saakashvili hubiera estimado que sería capaz de tomar consecutivamente las repúblicas secesionistas para, una vez logrado, reducir la inversión en defensa. De uno u otro modo, resultaba evidente que los georgianos tenían intención de actuar.

En ese momento, Putin había transferido oficialmente la presidencia a su primer ministro Dmitri Medvédev. Sin embargo, las pruebas apuntan a que en 2006 ya se había tomado la decisión de hacer algo con respecto a Saakashvili. A partir de ese año, el SKVO empezó a organizar maniobras militares cada vez más grandes y complejas que, como se vio más tarde, eran, a la vez, un ensayo de

la invasión y la tapadera de una eventual concentración de tropas. Los rusos incrementaron su contingente de interposición en Abjasia hasta el límite autorizado de 3000 efectivos, con dos compañías de *Spetsnaz* y paracaidistas de la 7.<sup>a</sup> División Aerotransportada, pero simulaban desconfiar Osetia del Sur porque, cuando Moscú atacara, necesitaba una excusa. Sabían que Georgia estaba preparando una ofensiva para retomar la región y que Saakashvili era bastante impulsivo.

Osetia del Sur era un territorio propicio que los rusos podían reforzar a través del túnel de Roki, que atraviesa la cordillera del Gran Cáucaso, y cuyo dirigente, Eduard Kokoiti, exhibía una acérrima hostilidad a los georgianos. En 2004, estos habían tratado de recuperar la región, una intentona que dejó un legado de resentimiento y desconfianza mutuos. Los contingentes irregulares de Osetia del Sur, alentados y armados por Moscú, empezaron a atacar a civiles y militares georgianos a lo largo de la frontera en disputa, a lo que, en algunos casos, estos respondían. El 1 de agosto de 2008, los sudosetos bombardearon una serie de aldeas georgianas, en violación del acuerdo de alto el fuego de 1992, con la intención evidente de provocar a Saakashvili para que tomase alguna medida que sirviera de pretexto a los rusos, y la jugada funcionó. Tras una semana de declaraciones y desmentidos, treguas y emboscadas, el 7 de agosto, las fuerzas georgianas empezaron a bombardear Tsjinvali. Moscú ya tenía su guerra.



## CAPÍTULO 13

# SHOIGÚ, EL RECONSTRUCTOR

El desfile del 9 de mayo, Día de la Victoria, se ha convertido en una de las festividades más sagradas del régimen de Putin, aunque el presidente no es el único que se ha beneficiado de este alarde coreografiado de triunfalismo y poder militar. Durante la parada de 2015, el ministro de Defensa Serguéi Shoigú hizo detener su vehículo bajo la puerta de la torre Spasskaya, o del Salvador, y se persig-nó. Este momento televisado es un ejemplo perfecto de su sentido político: el gesto sintonizaba a un tiempo con la Iglesia ortodoxa y con la historia y las tradiciones del país. En época de los zares, la costumbre dictaba que quienes pasaran por esa puerta debían descubrirse y rendir homenaje al icono situado sobre la entrada. Incluso los zares lo hacían y cuenta la leyenda que, cuando Napoleón, de modo arrogante, atravesó la puerta en 1812, después de que sus ejércitos ocupasen la ciudad, una súbita ráfaga de viento le arrebató el sombrero de la cabeza.

Shoigú es uno de los pesos pesados del régimen, un político astuto que, a pesar de proceder de la remota región siberiana de Tuvá, donde la mayoría de los habitantes abraza una corriente budista, se ha ganado un apoyo público generalizado y entusiasta. Antes de la invasión de Ucrania de 2022 se hablaba de su posible nombramiento como plenipotenciario presidencial del Distrito Federal de Siberia –en esencia, virrey de Siberia– aunque también se decía que podía llegar a ser primer ministro e incluso se comentaba, en voz muy, muy baja, que podía llegar a ser presidente. Esta popularidad se debió a que había logrado, en apariencia, continuar el proceso de reformas,

además de ganarse al alto mando, escéptico y reticente después de la era Serdiukov. No obstante, en la actualidad, se cuestiona hasta qué punto fue tan solo un logrado ejercicio de relaciones públicas.

Shoigú ha demostrado una gran pericia y una habilidad casi única: ascender en un sistema político competitivo y fagocitador sin granjearse enemigos y ejerciendo de lo que, en términos de empresa, se denomina un gestor de reestructuración, es decir, alguien que reforma organismos disfuncionales y logra que funcionen. No cabe duda de que las fuerzas armadas necesitaban de su talento después de los cinco años y medio de Serdiukov y de las drásticas (y, para los generales, impopulares) reformas impulsadas tras la Guerra de Georgia. Sin embargo, para él no era nada nuevo. Nacido en 1955 de padre tuvano y madre ruso-ucraniana, Shoigú era un muchacho atlético y aventurero, cuya afición a las travesuras peligrosas, como saltar entre las placas de hielo del río Yeniséi, le hicieron ganarse el apodo de Shaitan [Satán], aunque también era un buen estudiante y llegó a graduarse como ingeniero civil. Después de trabajar una década en la construcción, ocupó un puesto en la organización del Partido Comunista. En 1990 llegó su gran oportunidad: fue nombrado vicepresidente del Comité Estatal de Arquitectura y Construcción, lo que significaba tener que mudarse a Moscú, donde tendría que asumir responsabilidades en materia de vivienda y otros proyectos de edificación en un momento en que el presupuesto era minúsculo, la administración un caos y el Estado se derrumbaba.

El ministro de Defensa Serguéi Shoigú en Jmeimim, Siria, a principios de 2022 (MO RF).



# DOSIER DE PRENSA



# CAPÍTULO 15

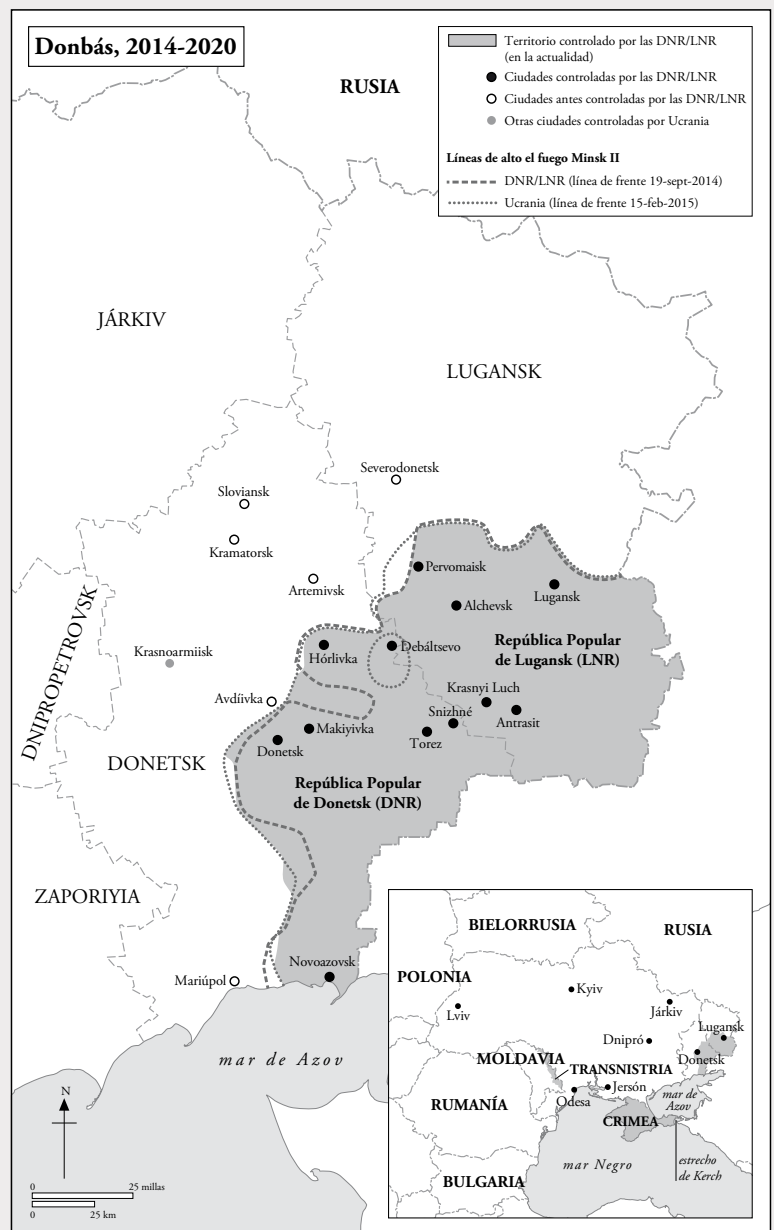
## EL DONBÁS, 2014-...

Uno de los aspectos más llamativos del conflicto no declarado y mal definido que estalló en el sudeste de Ucrania poco después de la anexión de Crimea es que, en un principio, lo libraron sobre todo tropas irregulares, nacionalistas, patriotas y entusiastas.<sup>1</sup> El hombre que más hizo por, según sus propias palabras, «apretar el gatillo» de la guerra, fue Ígor Guirkin, más conocido por su nombre de guerra, Strelkov [tirador], un antiguo oficial del FSB que, en abril de 2014, cruzó la frontera ucraniana en cabeza de un variopinto grupo de hombres armados. Al parecer, no es solo que actuase sin órdenes, sino que lo hizo *en contra* de las instrucciones recibidas. De igual modo, durante aquellas confusas y apremiantes primeras semanas del conflicto en la región del Donbás (la cuenca del Donetsk), la mayoría de los combatientes que lucharon para mantener la región bajo el dominio de Kyiv no fueron soldados del Gobierno, sino voluntarios organizados en milicias, a veces patrocinadas por oligarcas locales. Algunos ni siquiera eran ucranianos, como fue el caso del antiguo comandante checheno rebelde Isá Munáyev, que viajó desde su exilio en Dinamarca para formar el Batallón Dzhojar Dudáyev, compuesto en su mayoría por antiguos rebeldes.

Con el tiempo, la situación se fue normalizando. Este confuso enfrentamiento, mitad genuina guerra civil, mitad conflicto atizado desde Rusia, acabó por enfrentar a las fuerzas armadas ucranianas contra rebeldes apoyados y armados por Moscú, comandados por oficiales del Ejército ruso y respaldados por tropas regulares. Sin embargo, al contrario que la de Crimea, la guerra del Donbás no fue ninguna operación planificada con antelación.

En junio de 2014, cuando ya era evidente que las actividades de Moscú en el sudeste de Ucrania no marchaban según lo previsto, un antiguo oficial del Estado Mayor ruso me comentó que «si los ucranianos hubieran combatido por Crimea, ahora no estaríamos peleando por el Donbás». La facilidad con la que habían conquistado la península y la desorganización que reinaba en Kyiv animaron a Putin y a sus asesores a extender las operaciones al Donbás. Crimea era un caso único: una península en la que Rusia ya tenía una posición militar, cuya población, en su mayoría, estaba descontenta con el tratamiento recibido de Kyiv durante años y que la mayoría de los rusos consideraba que les pertenecía por pleno derecho. Después de aquello, hubo quienes, incluso en el

Kremlin, empezaron a salirse del guion original y plantearon una acción militar limitada, y que pudiera ser negada, en el este de Ucrania, una región de mayoría étnica rusa. En esta ocasión, el objetivo no era la conquista territorial, sino ejercer presión política para convencer a Kyiv de que Moscú tenía la capacidad y la voluntad de castigar cualquier avance hacia una mayor integración en Occidente. En aquel momento se pensó que esto intimidaría a Ucrania y la obligaría a aceptar que formaba parte de la esfera de influencia de Rusia. Fue un grave error de cálculo.



## CAPÍTULO 24

# LOS SPETSNAZ

Las fuerzas especiales de casi todos los países insisten en la preparación física, la determinación y la agresividad<sup>1</sup> y los *Spetsnaz* rusos no son ninguna excepción, a pesar de que no parecen tan dados a los alardes públicos de las VDV, para los que un día no parece completo si no rompen una viga de madera con la cabeza o arrojan una *sapior-ka* afilada –la zapa característica de los rusos– mientras saltan por encima de un círculo de fuego. Como me dijo en cierta ocasión un *Spetsnaz* veterano, «la precisión y el silencio siempre son mejores que la fuerza y el coraje». Yo le pregunté si estaba menospreciando el valor y él hizo una pausa y después dijo que los *Spetsnaz* preferían siempre la determinación: «el coraje es estar dispuesto a caer para conseguir el objetivo; la determinación es encontrar la forma de lograrlo sin morir».

Mucho se ha escrito y se dicho acerca de los *Spetsnaz*, aunque es mucho menos lo que realmente se sabe. Hay toda una industria de libros en lengua rusa al respecto, desde memorias a manuales de supervivencia, pero muchas de estas obras se limitan a tratar su historia y algunas otras son pura fantasía; la mayoría no explica quiénes son los *Spetsnaz* y, aún más importante, cuál es su propósito.

La mitología que rodea a los *Spetsnaz* es tan extensa como engañosa. En Occidente, buena parte del mito se remonta a los escritos del desertor soviético Vladímir Rezun, que escribió una serie de supuestas revelaciones con el pseudónimo Víktor Suvórov. Al hablar de los *Spetsnaz*, los presenta como una amenaza implacable y letal contra la OTAN, con numerosos y fascinantes detalles: que ponen a prueba sus cualidades para el combate sin armas empleando criminales convictos a los que han de matar; que disponen de botas con huellas invertidas para que parezca que van en la dirección contraria, o que emplean un cuchillo con un poderoso muelle que proyecta la hoja contra el enemigo. Muchas de estas afirmaciones han sido desmentidas, bien por no ser del todo ciertas (a veces utilizan el NRS-2, «cuchillo balístico», que no lanza una hoja, sino que incorpora una pistola de un solo disparo en la

empuñadura), o bien por ser completamente falsas. Aun así, la imagen del implacable *terminator* soviético suscitó un tremendo interés.

Los *Spetsnaz* han cubierto tradicionalmente el vacío existente entre las fuerzas regulares de reconocimiento y las unidades y destacamentos de búsqueda de información de los servicios de inteligencia y seguridad. Por otra parte, su función de sabotaje, en un mundo moderno de «medidas activas» y «guerra política», ha adquirido una dimensión mucho más amplia. Ahora son el instrumento político-militar preferido por el Kremlin, que los considera un arma flexible (a veces incluso susceptible de ser negada) que puede emplear por igual para combatir guerrillas en un lugar y para apoyar a la insurgencia en otro; la punta de lanza de sus nuevas aventuras: combatieron en Georgia; en Crimea encabezaron la operación; en el Donbás proporcionaron capacidades especiales decisivas a los insurgentes; en Siria contribuyeron a que las Fuerzas Aéreas rusas alcanzasen sus objetivos. En el confuso y conflictivo entorno del siglo XXI, un centenar de *Spetsnaz* bien entrenados puede ser más útil y efectivo que una brigada acorazada completa.

Suman unos 17 000 efectivos que cumplen un rol similar, aunque algo más encubierto, que los integrantes de las VDV y de la MP (vale la pena recordar que los paracaidistas cuentan con su propia unidad de *Spetsnaz*, la 45.<sup>a</sup> Brigada Independiente de Designación Especial, Orden de Kutúzov, Orden de Alexander Nevski). No se puede considerar que sea un cuerpo de fuerzas especiales de primera categoría, sino que quizá sería más adecuado definirlo como una infantería ligera de choque, más o menos equivalente al 75.<sup>o</sup> Regimiento de Rangers estadounidense, la 16.<sup>a</sup> Brigada de Asalto Aéreo británica o la Legión Extranjera francesa. Por otra parte, los rusos establecieron en 2012 un nuevo Mando de Fuerzas de Operaciones Especiales (KSSO) que, en este caso, sí es comparable con otros contingentes formados por «los mejores de entre los mejores».

*Spetsnaz* con un fusil de tirador con silenciador VSS Vintorez (MO RF).



# DOSIER DE PRENSA

## CAPÍTULO 29

# UCRANIA 2022: ¿LA ÚLTIMA GUERRA DE PUTIN?

Es incluso posible que, como anhelaba aquel oficial de las fuerzas especiales, Ucrania pueda retomar sus territorios perdidos por medios militares. Sin embargo, los problemas de recursos humanos de las fuerzas armadas rusas derivan del hecho de que su Ejército combate con efectivos de tiempo de paz contra un país movilizado. Mientras que Kyiv ha desplegado todo su capital, Moscú todavía tiene opciones, pues cuenta con tres veces más población y recursos todavía por explotar. Si bien es difícil que recuperen el ímpetu perdido al inicio, sería un error dar por derrotados a los rusos tan pronto. Parece más probable que la guerra quede estancada en un largo y desagradable punto muerto: ningún bando es lo bastante fuerte como para ganar, pero tampoco lo bastante débil como para perder. Siempre es peligroso hacer predicciones, temerario, incluso, pero, si damos por hecho que los ucranianos continúan dispuestos a combatir (lo cual parece bastante cierto) y que Occidente mantiene su voluntad de apoyar a Kyiv (algo no tan claro, pero bastante probable) entonces la verdadera pregunta es durante cuánto tiempo y a qué coste Moscú está dispuesto a continuar esta campaña fútil y autodestructiva.

Es posible que Putin llegue un día a aceptar la derrota, lo cual sería su último y definitorio acto como líder. Ha tratado de achacar el fracaso de su plan inicial a la OTAN. En su discurso del Día de la Victoria, el 9 de mayo, presentó su operación como un «ataque preventivo contra la agresión», en respuesta a los intentos occidentales de utilizar Ucrania como peón contra Rusia.<sup>5</sup> Ha aprovechado la guerra para liquidar los últimos vestigios de oposición y medios independientes: llamar «guerra» a la «operación militar especial» se castiga con penas de cárcel de hasta quince años. De igual modo,

Putin está buscando cualquier cosa que pueda ser presentada como una victoria. Es posible que anexe las repúblicas populares de Donetsk y Lugansk e incluso Osetia del Sur y Abjasia en Georgia. En la Ucrania meridional conquistada podría establecerse una nueva «República Popular de Jersón». Todo esto sería la prueba del triunfo de Moscú y del deseo de estas regiones de unirse al abrazo de la madre patria.

Tales triunfos, no obstante, además de ser ilegítimos ante la comunidad internacional, tendrán un enorme coste. Cuanto más territorio controlen los rusos –en algunos casos ante una creciente resistencia guerrillera– más presión tendrán que soportar sus dispersas unidades. Además de incorporar estas regiones al sistema administrativo ruso, también habrá que reconstruir ciudades devastadas por el conflicto por un tesoro que ya tiene que encarar los costes de guerra y las sanciones. Aunque nadie puede hacer predicciones fiables al respecto, es probable que la economía rusa experimente una contracción de una cuarta parte solo en 2022, por lo que lo que se gaste en Mariúpol o Jersón no podrá emplearse en Moscú o Kaliningrado, o en ayudar a quienes padecen situación de desempleo, el aumento del precio de los alimentos o el aislamiento internacional.

Tras haberse comparado con figuras históricas como Pedro el Grande, Putin se arriesga a parecerse a Nicolás II, el último zar, que pensó que la Primera Guerra Mundial podía ser la oportunidad de renovar la legitimidad para él y su régimen, pero que acabó llevando a su país a una contienda que no podía ganar y se condenó a sí mismo y a su dinastía. Es posible que quien le suceda, quienquiera que sea y cuando esto ocurra, deberá tomar las drásticas decisiones necesarias para poner fin a esta guerra.

La letra Z se convirtió en el símbolo de la invasión rusa de Ucrania. Estos carros que vemos salir de Mariúpol han sido decorados profusamente con este símbolo (SOPA Images/Alamy Stock Photo).



# DOSIER DE PRENSA

## CAPÍTULO 30

# CONCLUSIONES: ¿LA ESPARTA EUROASIÁTICA?

Desde 2014, Putin ha impuesto un relato legitimador sustentado en la necesidad de obligar al resto del mundo a aceptar la condición de Rusia de gran potencia, fuera cual fuese el coste en sangre y dinero. Sin embargo, las encuestas del Centro Levada, la compañía demoscópica independiente más respetada de Rusia, revelaron en 2021 que, a la pregunta de qué tipo de país debería ser Rusia, un 66 por ciento de los encuestados respondió que uno «con un elevado nivel de vida, pero no uno de los países más fuertes del mundo». Solo un 32 por ciento dijo que tenía que ser «una gran potencia que los demás países respeten y teman». Es más, el porcentaje de encuestados que cree que la calidad de vida es más importante que el estatus nacional no ha dejado de crecer desde 2015.<sup>5</sup>

Por descontado, el contexto inmediato de la guerra en Ucrania ha enturbiado la situación. Algunos consideran que deben defender su país; otros temen decir algo que pudiera causarles problemas. No obstante, en el momento en el que escribo, mediados de 2022, no existe una auténtica voluntad nacional de sacrificar lo que haga falta para construir un imperio a base de sangre y bayonetas. Puede que Putin creyera que estaba fundando una Esparta euroasiática y no cabe duda de que ha construido una maquinaria bélica capaz de proyectar su poder tanto en las inmediaciones de Rusia como más allá. Sin embargo, al igual que esta ha fracasado en 2022, golpeada entre el yunque de la resistencia ucraniana y el martillo de su propia

soberbia, también es posible que la realidad rompa los sueños que alberga para Rusia. ¿Podrá el país mantener su fuerza expedicionaria en Siria? ¿Seguirá siendo el garante de la seguridad en Asia Central? ¿Podrá permitirse reemplazar todo el material despilfarrado en Ucrania? ¿Se volverán contra Putin, en su debido momento, los coroneles y los generales, e incluso quizá los espías y la policía secreta, aunque no tanto por tratar de someter a Kyiv a su voluntad, sino por hacerlo tan mal?

La presidencia de Putin se divide en dos mitades muy nítidas. Sus dos primeros mandatos, durante la década de 2000, se caracterizaron por un éxito sorprendente. Sin embargo, muchos de los avances logrados se malgastaron o se derrocharon a partir del decenio siguiente. El Ejército ruso se salvó del colapso; Chechenia fue pacificada, aunque por métodos brutales, y Moscú volvió a ser una potencia en los asuntos globales. De haberse conformado con erigir una nación fuerte dentro de sus propias fronteras en lugar de perseguir fantasías imperiales, es posible que Putin fuera recordado como un acertado edificador del Estado ruso. Por el contrario, durante los próximos años, y puede que décadas, incluso con su futuro sucesor, Rusia tendrá que recuperarse del daño causado por su ambición excesiva. Sus fuerzas armadas, por descontado, pero también su economía y su sociedad, arrosarán durante largo tiempo las profundas y dolorosas cicatrices de las guerras de Putin.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA

